

Círculos de Responsabilidades

Por A. de Carlo

Una tarde, al salir a la puerta, veo que el chico de la vecina, que se dedicaba a lustrar botines en la calle para ganar el pan para él y su vieja madre, esfrentado con el agente de policía, con el cajoncito en una mano y los cepillos en la otra, asustado y tembloroso, contesta, entre sollozos y lágrimas a las preguntas que el representante de la autoridad le hace, y que va apuntando en un papel.

Me acerco y le pregunto al chico:

—¿Qué te pasa?

—Me quiere llevar preso, —contesta, esforzándose por frenar el llanto.

—¿Por qué? ¿Has hecho algo malo?

—Porque dice que he violado el edicto policial al procurar ganarme el puchero con mi trabajo.

Me dirijo al agente y lo interrumpo:

—¿Qué mal ha cometido el chico para que lo lleve detenido?

—El mismo lo ha dicho: Ha violado el edicto policial sobre el trabajo de menores en la calle.

—Pero, entonces no ha perjudicado a nadie, sino que ha buscado la forma a su alcance de vivir decentemente, por medio de una actividad, útil a sus semejantes, que lo honra sobremodo, y que lo hace acreedor al estímulo y al aplauso de todas las personas de buenos sentimientos. Si realmente hay algo que no está bien, es el edicto policial en cuestión, nada más.

—Vea señor; yo no estoy para discutir, y menos sobre asuntos que me han prohibido. Si tiene alguna queja que presentar, diríjase a quien corresponda. Yo no procedo según mi voluntad, sino que cumple con mi deber, obedeciendo las órdenes que he recibido del cabo y del sargento. Si yo saltara a esas órdenes, me echarían del empleo por "debilidades en el servicio". Y yo también tengo una familia que mantener.

—No es un trabajo muy decente el suyo, pero.......

En este momento se acerca el sargento, conocido mío, pregunta lo que pasa, y yo le digo:

—¿No está mal que lleven detenida a esta criatura, que es el único sostén del hogar?

—La orden viene de la comisaría y nosotros estamos obligados a cumplirla.

—¿Y que le parece si fuera a quejarme al comisario por este inicuo atropello?

—Para el chico sería inútil y para usted sería peligroso; pues la autoridad podría tomar a mal su intervención interpretarla como un acto de desacato y rebeldía, y meterlo a un calabozo. Ha de saber que el edicto partió del Departamento Central, del mismo Jefe de Policía, y es forzoso acatarlo.

—Entonces el responsable de esta barbaridad, no es el agente, ni usted, ni siquiera el mismo comisario? ¿Quién es, entonces, el culpable? Porque alguien debe serlo.

—Yo no sé, y me parece difícil averiguarlo.

—Yo lo sabré, cuéste lo que cuéste.

Iré al mismo Jefe de Policía y le pediré explicaciones. Si no hiciera nada me sentiría también culpable de este abuso.

—Vea, amigo: le aconsejo que no se meta a Quijote, que le va a costar caro. El Jefe, si está "con la luna", lo echará a patadas de su despacho, y si está de buen humor, le dirá que para él el edicto es bueno y justo; que el señor ministro del Interior lo nombró a él jefe de la repartición precisamente porque está de acuerdo con su conducta y porque sabe obrar con energía, de lo contrario hubiera nombrado a otro.

—Ya comprendo. La culpa es del ministro. Iré a ver a éste.

—Y si consigue hablarle, que me parece muy difícil, el ministro le dirá que él es un simple empleado del Presidente de la República, y solamente responsable de sus actos ante él y nadie más.

—De manera que según usted, la culpa es del mismo Presidente?

—Yo no he dicho tal cosa. Pues el Presidente ha manifestado, en un mensaje al Congreso ayer, que él ha sido elegido por la casi totalidad de los electores del país, y que su opinión y sus procedimientos son la voluntad simple y pura del pueblo, manifestada en los últimos comicios.

—Entonces, no hay responsables?

—La democracia es así, amigo.

—Eso es absurdo! Cada hecho humano debe tener su responsable.

—Si lo hay, éste ha de ser el mismo pueblo que, con su voto, eligen a los gobernantes que hacen e imponen las leyes, los decretos y los edictos.

—Qué "rico tipo"! ¿Según usted, entonces, el responsable de todo ésto soy yo mismo que he votado a favor del actual gobierno?

—Reflexione, y verá que es así.

—Pero, yo pude haberme equivocado, votar y después arrepentirme! Si el pueblo es soberano..... no puede ser gobernado contra su voluntad.

—De acuerdo a la legalidad y la democracia no hay más remedio que ser así. Comprendo que ésto es una contradicción de la misma democracia, pero.....

Y se encogió de hombros.

—Entonces, —insistí,— no hay ninguna salida a este círculo vicioso?

—La salida más eficaz y heroica la única tal vez, es la revolución popular. Pero hay muchos peligros para ella. Si usted triunfa, será un héroe, aplaudido, honrado y venerado por todo el país y el extranjero. Pero también, si fracasa, será fusilado, maldecido, rerimido; será considerado un loco, un bandido, un criminal, y el ser más peligroso del país. Nada valdrán sus razones y su abnegación.

—Y qué hay que hacer para triunfar?

—Tener la unidad del pueblo en la lucha por la justicia y la libertad.

—Ahora ya sé: El pueblo es el único responsable de sus propios males, y tiene que libertarse por sí mismo con inteligencia y valor. Desde este momento empezaré a predicar en la calle y la plaza pública el nuevo concepto del derecho y la justicia.

—Pero tenga cuidado de que no lo atrapemos nosotros con un nuevo edicto, y lo encarcelaremos.

—El valor de la lucha está en relación al elevado objetivo que lo guía y al peligro que lo acompaña. Luchar es vivir. Y si la suerte es adversa..... ¿qué más da morir peleando por una causa tan justa y noble como ésta, que morir de una larga y penosa enfermedad en tina cama de un frío hospital?

—No puedo seguir discutiendo estos temas con usted, porque si se enteran mis superiores me encarcelarían y me darían el doble de pena que a ustedes los civiles, por el uniforme que llevo. No puedo hablar; aunque nuestra Constitución me lo autoriza explícitamente, el comisario me lo impide tácitamente. "Chau".

Y se alejó, saludando militarmente.

Ya el vigilante hacía rato que se había llevado a la pobre criatura, por el camino de la escuela del delito y de la delincuencia, destruyendo en germe los más nobles y santos sentimientos del infeliz niño.